

Los lascivos zarpazos de mi general en El Otoño del Patriarca de Gabriel García Márquez

Mario Javier Pacheco García

El Otoño del Patriarca (biblio3) es una obra mágica como la mayor parte de los escritos del Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, hechiza, y en medio del encantamiento quisimos escarbarle semióticamente su obsesión por la unidad lexical *zarpazo*, que en cuatro fragmentos de la obra se presenta llena de connotaciones de machismo, poder, autoridad, intimidación, muerte y soledad. *Zarpazo* en *El Otoño del Patriarca* es el punto de partida de este análisis.

Palabras clave: zarpazo, semiótica, general, poder, olor a orines, vejez.

Introducción

El juego del signo lingüístico contrae la posibilidad de manipulación para enamorar o generar odios. Sentimientos diversos que provoca el signo utilizado a veces sin usarse, o con decires sin decirse como lo usan los publicistas de lo subliminal. Las alternativas son infinitas en la oferta del lenguaje y en esto fue maestro nuestro Nobel de Literatura.

García Márquez

inventó lo garcíamarquiano o garcíamarquismo, estilo reconocido en sus novelas y cuentos por su singular narrativa fabuladora que cautivó a los lectores y lo catapultó a la fama, la misma fama que pesa y cuesta porque luego de Cien Años de Soledad el resto de su obra le fue inevitablemente comparada. Cuando publicó *El Otoño del Patriarca* advirtió que siendo consciente del problema se apartaría de Macondo y así lo hizo, pero insistió en la temática de la soledad y la realidad-irrealidad- mágica

La obra está escrita en prosa pero es un enorme poema cargado de recursos lingüísticos y de todos los tropos conocidos. Deglutirla es descubrir que por algo es nobel este nobel de párrafos para leer ahogándose, que esconde los puntos y aparte y los puntos seguidos como si fueran doblones de un arcón pirata.

El contexto del escritor

En 1975 el boom latinoamericano se paseaba con paso firme y seguro por las librerías del mundo, como si fuera un oso polar abriendo boquetes en la cristalería solemne y ampulosa de la literatura. Un oso de cronopios, de dictadores

dementes, de putas ambulantes que alegraban con minifaldas rojas las festividades marianas de pueblos ardientes y marginales.

Cortazar, Neruda, Borges, Vargas Llosa, García Márquez irrumpieron con imaginarios nuevos en los que todo era fiesta y hasta la muerte se adornaba de azules campanitas para que la tragedia y las arbitrariedades hicieran parte del fandango.

En 1975 ya la literatura del boom se había metido en la pintura y en la música, Cuba, Colombia, Argentina, Uruguay exportaban más letras y arpegios que recursos naturales. En ese año de 1975 apareció *El Otoño del Patriarca* de Gabriel García Márquez desdibujando nuestras realidades en un país difuso y calentano a través de un viejo dictador/tirano- analfabeta que no asistió a la escuela, condición sine qua non para ser dictador de las repúblicas bananeras de García Márquez y caricatura de personajes folclóricamente peligrosos y mortales, como Porfirio Díaz que gobernó México por 30 años, Augusto Pinochet Ugarte en Chile, Juan Domingo Perón en Argentina, Castro en Cuba, quien finalmente, por erigirse en símbolo solitario contra el imperialismo fue el consentido de los escritores.

El boom se incrustó como si hubiera sido su nicho de siempre, entre la cotidianidad de los hippies, la generación beat, el aullido de Allen Ginsberg, las modas nuevas y atrevidas en el vestir y en el pensar y en el pintar.

De entre un huevo de pterodactylus germinó la nueva literatura y resucitó la avidez de lectura y lo que fue mejor, fomentó curiosidad y admiración en el viejo mundo por la esquina latina de realidades imposibles que les descubrían los atrevidos escritores.

Escogimos cuatro fragmentos de *El Otoño del Patriarca* que contienen el signo lingüístico *zarpazo* y a partir de dichos fragmentos realizamos un análisis semiótico que nos permite visualizar, entre otros, los siguientes fenómenos lingüísticos.

Agente emisor

El relator/relatores desconocidos, unas veces en segunda y otras veces en tercera persona, describen situaciones y personajes como si estuvieran dando una entrevista o en un interrogatorio judicial.

Agente destinatario

Quien lee, quien escucha el relato. Usted

Aspectualidad

El lugar/espacio es el pasado fin de semana en un país con mar, aunque relate la historia del dictador con una edad indefinida entre los 107 y los 232 años de edad.

El inicio de los cuatro fragmentos se realiza con verbos irregulares en pretérito imperfecto. Había, sabía, debía, para evidenciar la transformación espacio/tiempo en una secuencia contraria, comenzando al final de la vida del patriarca.

Título en la enunciación del signo

El título según Genette, es el vínculo entre el texto y el mundo. Por otro lado Manglieri afirma que “El título como sintagma semi-gramatical funciona como un nombre propio y posee una función sustantiva independiente de la materia del significante y de la forma lingüística.

El título: “*El Otoño del Patriarca*” es portador del tema de la obra como afirma Mangieri y genera en este caso relaciones de analogía tales como *Otoño*: decadencia, ocaso, decrepitud, caída y *patriarca*: viejo, líder, persona respetable.

El otoño del Patriarca evoca la decrepitud de un líder, solo que este líder conserva la juventud del poder en un cuerpo viejo, casi inservible y que tiene la fortaleza suficiente para saciar sus instintos, especialmente el del sexo.

Este anciano tirano termina sus días al comienzo de la novela, cuando lo encuentran rodeado de excremento vacuno en el espacio que fuera el comedor de su palacio. Muerto, pudriéndose, con la mano derecha bajo la cabeza para que le sirviera de almohada, vestido de uniforme sin insignias y con las espuelas de oro en el talón izquierdo, señala que no entraron antes los ladrones y que solo las vacas y los gallinazos osaron perturbar los silencios del viejo palacio. Le faltaba un testículo.

García Márquez recurre a la refiguración, que de acuerdo a Paul Ricoeur re-describe la experiencia humana, resucita al tirano en el pasado y nos cuenta su historia a través de narradores.

Son claros los signos semánticos en la puerta de la novela:

Gallinazos en la casa presidencial

Podrida grandeza

Muerto grande

Y muchos otros signos que transportan al lector al ambiente peculiar, la diégesis que García Márquez da a su novela.

Intensión. La soledad

El Otoño del Patriarca es un bocadillo para el análisis semiótico por las características psiquiátricas de los personajes del realismo mágico Garcíamarquiano, con mundos interiores intensos que se desbordan al exterior de manera estereotipada.

El patriarca siempre está solo, a menos que vaya a cometer una canallada como cuando va a violar a la recién casada Francisca Linero, que sabe acompañada de su esposo, entonces aparece con un indio armado de machete cuya misión es asesinar a Poncio Daza el recién casado, para poder poseerla.

Su uniforme no tiene insignias, pareciera no gobernar nada pero causa terror y se le obedece sin discusión. La espuela de oro en el talón izquierdo como símbolo de capricho, de ostentación reafirma que el general es un déspota solitario del que sin embargo no se conocen sus rasgos faciales porque el autor no quiere identificarlo, aunque sabemos que tiene manos de doncella dormida. ¿Qué puede ser más pacífico y dulce que unas manos de doncella? Huele a orines, suda mucho y acostumbra usar botas que a veces lleva sucias.

A su muerte nadie lo pudo reconocer porque nadie lo vio en vida, solo permitía que lo viera quién él quería.

Intensión. Zarpazo

Escogimos cuatro fragmentos de la obra que contienen la unidad lexical clave *zarpazo* con una acepción muy caribeña que significa que el viejo general violenta a una mujer para poseerla. *Zarpazo* es el comunicante de nuestro estudio, *zarpazo*: golpe dado con una zarpa llena de uñas como garfios que uno imagina hundiéndose en la piel, desgarrándola, rompiéndola y que nuestro autor utiliza para el erotismo del anciano, como antítesis en la metáfora, porque mi general no acaricia, zarpa para arrebatarse sexo.

El sexo precedido por el *zarpazo* es una relación abusiva que en la antítesis del noble está impregnada de miedo y placer, es un sexo animal perfecto para la personalidad psicológicamente primaria de los personajes de la obra.

Zarpazo es la isotopía semántica que aparece varias veces en la obra, enlaza y justifica la elección de los cuatro fragmentos escogidos para el análisis semiótico y que son el enunciado. Se encuentra *zarpazo* incrustado en *El Otoño del patriarca* en cuatro fragmentos que connotan machismo, autoritarismo, pobreza, entre la exuberante naturaleza que enmarca la mezquindad humana y los instintos primarios como el del sexo, el de tragar, el de matar para sobrevivir, el de huir o humillarse para sobrevivir.

Zarpazo es la palabra clave, tomar por la fuerza, así mandan los tiranos de García Márquez. Podían pedir, disfrutar como debería haberlo hecho con las putas nórdicas que le trajeron directamente de las vitrinas de Amsterdam, pero estas no le inspiran la violencia que requiere para propinarles un *zarpazo* y a poseerlas, son insípidas; a él no le gusta lo que le dan, lo que compra, a él le gusta lo que roba, lo que arrebatara.

Cuando usurpa el sexo de la recién casada comete el más espantoso delito porque para el machismo caribe el sexo de la esposa es el tesoro más doloroso del esposo. Quien lo violenta le violenta la vida.

El Otoño del Patriarca es el espacio discursivo de la intimidación del poder en el cual reina la antítesis como recurso literario con la metáfora. El cuerpo femenino es el objeto del deseo que está expuesto y desprotegido porque no existe más ley que la de mi general amo de la vida y de la muerte, de la riqueza y de la pobreza.

Otra connotación de *zarpazo* que excita al general es la sorpresa, el ataque inesperado a la víctima con premeditación así sea instintiva del cazador que cae sobre su presa. El león sobre el cervatillo; *zarpazo* contiene fuerza y penetración. Un *zarpazo* hace que la presa quede inmóvil, atrapada, apoderada, sin escapatoria.

El *zarpazo* connota una víctima y un victimario.

He aquí los fragmentos de *El otoño del Patriarca* escogidos para el análisis

Fragmento 1 P. 41

(...) había entrado sin siquiera tocar las aldabas de acuerdo con el gusto de su voluntad al compás de los dobles de las once en el reloj de péndulo y yo sentí el metal de la espuela de oro desde la terraza del patio y comprendí que aquellos pasos de mano de pilón con tanta autoridad en los ladrillos del piso no podían ser otros que los suyos, lo presentí de cuerpo entero antes de verlo aparecer en el vano de la puerta de la terraza interior donde el alcaraván cantaba las once entre los geranios de oro, cantaba el turpial aturdido por la acetona fragante de los racimos de guineo colgados en el alar, se solazaba la luz del aciago martes de agosto entre las hojas nuevas de los platanales del patio y el cuerpo del venado joven que mi marido Poncio Daza había cazado al amanecer y lo puso a desangrar colgado por las patas junto a los racimos de guineo atigrados por la miel interior, lo vi más grande y más sombrío que en un sueño con las botas sucias de barro y la chaqueta de caqui ensopada de sudor y sin armas en la correa pero amparado por la sombra del indio descalzo que permaneció inmóvil detrás de él con la mano apoyada en la cacha del machete, vi los ojos ineludibles, la mano de doncella dormida que arrancó un guineo del racimo más cercano y se lo comió de ansiedad y luego se comió otro y otro más, masticándolos de ansiedad con un ruido de pantano de toda la boca sin apartar la vista de la provocativa Francisca Linero que lo miraba sin saber qué hacer con su pudor de recién casada porque él había venido para darle gusto a su voluntad y no había otro poder mayor que el suyo para impedirlo, apenas si sentí la respiración de miedo de mi marido que se sentó a mi lado y ambos permanecimos inmóviles con las manos cogidas y los dos corazones de tarjeta postal asustados al unísono bajo la mirada tenaz del anciano insondable que seguía a dos pasos de la puerta comiéndose un guineo después del otro y tirando las cascara en el patio por encima del hombro sin haber pestañeado ni una vez desde que empezó a

mirarme, y sólo cuando acabó de comerse el racimo entero y quedó el vástago pelado junto al venado muerto le hizo una señal al indio descalzo y le ordenó a Poncio Daza que se fuera un momento con mi compadre el del machete que tiene que arreglar un negocio contigo, y aunque yo estaba agonizando de miedo conservaba bastante lucidez para darme cuenta de que mi único recurso de salvación era dejar que él hiciera conmigo todo lo que quiso sobre el mesón de comer, más aún, lo ayudé a encontrarme entre los encajes de los pollerines después de que me dejó sin resuello con su olor de amoníaco y **me desgarró las bragas de un zarpazo** y me buscaba con los dedos por donde no era mientras yo pensaba aturdida Santísimo Sacramento qué vergüenza, qué mala suerte, porque aquella mañana no había tenido tiempo de lavarme por estar pendiente del venado, así que él hizo por fin su voluntad al cabo de tantos meses de asedio, pero lo hizo de prisa y mal, como si hubiera sido más viejo de lo que era, o mucho más joven, estaba tan aturdido que apenas si me enteré de cuándo cumplió con su deber como mejor pudo y se soltó a llorar con unas lágrimas de orín caliente de huérfano grande y solo, llorando con una aflicción tan honda que no sólo sentí lástima por él sino por todos los hombres del mundo y empecé a rascarle la cabeza con la yema de los dedos y a consolarlo con que no era para tanto general, la vida es larga, mientras el hombre del machete se llevó a Poncio Daza al interior de los platanales y lo hizo tasajo en rebanadas tan finas que fue imposible componer el cuerpo disperso por los marranos, pobre hombre, pero no había otro remedio, dijo él, porque iba a ser un enemigo mortal para toda la vida.

Fragmento 2 P. 47

(...) no había acabado de contar los animales dormidos en los andamios cuando entró una mulata de servicio a recoger los huevos, sintió la resolana de su edad, el rumor de su corpiño, se le echó encima, tenga cuidado general, murmuró ella, temblando, se van a romper los huevos, que se rompan, qué carajo, dijo él, **la tumbó de un zarpazo sin desvestirla** ni desvestirse turbado por las ansias de fugarse de la gloria inasible de este martes nevado de mierdas verdes de animales dormidos, resbaló, se despeñó en el vértigo ilusorio de un precipicio surcado por franjas lívidas de evasión y efluvios de sudor y suspiros de mujer brava y engañosas amenazas de olvido, iba dejando en la caída la curva del retintineo anhelante de la estrella fugaz de la espuela de oro, el rastro de caliche de su resuello de marido urgente, su llantito de perro, su terror de existir a través del destello y el trueno silencioso de la deflagración instantánea de la centella de la muerte, pero en el fondo del precipicio estaban otra vez los rastros cagados, el sueño insomne de las gallinas, la aflicción de la mulata que se incorporó con el traje embarrado de la melaza amarilla de las yemas lamentándose de que ya ve lo que le dije general, se rompieron los huevos, y él rezongó tratando de domar la rabia de otro amor sin amor, apunta cuántos eran, le dijo, te los descuento de tu sueldo, se fue, eran las diez, examinó una por una las encías de las vacas en los establos, vio a una de sus mujeres descuartizada de dolor en el suelo de su barraca y vio a la comadrona que le sacó de las entrañas una criatura humeante con el cordón umbilical enrollado en el cuello, era un varón, qué nombre le ponemos mi general, el que les dé la gana, contestó.

Fragmento 3 P. 91

(...) no podía concebir el mundo sin el hombre que me había hecho feliz a los doce años como ningún otro lo volvió a conseguir desde las tardes de hacía tanto tiempo en que salíamos de la escuela a las cinco y él acechaba por las claraboyas del establo a las niñas de uniforme azul de cuello marinero y una sola trenza en la espalda pensando madre mía Bendición Alvarado cómo son de bellas las mujeres a mi edad, nos llamaba, veíamos sus ojos trémulos, la mano con el guante de dedos rotos que trataba de cautivarnos con el cascabel de caramelo del embajador Forbes, todas corrían asustadas, todas menos yo, me quedé sola en la calle de la escuela cuando supe que nadie me estaba viendo y traté de alcanzar el caramelo y entonces él me agarró por las muñecas con un tierno zarpazo de tigre y me levantó sin dolor en el aire y me pasó por la claraboya con tanto cuidado que no me descompuso ni un pliegue del vestido y me acostó en el heno perfumado de orines rancios tratando de decirme algo que no le salía de la boca árida porque estaba más asustado que yo, temblaba, se le veían en la casaca los golpes del corazón, estaba pálido, tenía los ojos llenos de lágrimas como no los tuvo por mí ningún otro hombre en toda mi vida de exilio, me tocaba en silencio, respirando sin prisa, me tentaba con una ternura de hombre que nunca volví a encontrar, me hacía brotar los capullos del pecho, me metía los dedos por el borde de las bragas, se olía los dedos, me los hacía oler, siente, me decía, es tu olor, no volvió a necesitar los caramelos del embajador Baldrich para que yo me metiera por las claraboyas del establo a vivir las horas felices de mi pubertad con aquel hombre de corazón sano y triste que me esperaba sentado en el heno con una bolsa de cosas de comer, enjugaba con pan mis primeras salsas de adolescente, me metía las cosas por allá antes de comérselas, me las daba a comer, me metía los cabos de espárragos para comérselos marinados con la salmuera de mis humores íntimos, sabrosa, me decía, sabes a puerto, soñaba con comerse mis riñones hervidos en sus propios caldos amoniacales, con la sal de tus axilas, soñaba, con tu orín tibio, me destazaba de pies a cabeza, me sazónaba con sal de piedra, pimienta picante y hojas de laurel y me dejaba hervir a fuego lento en las malvas incandescentes de los atardeceres efímeros de nuestros amores sin porvenir, me comía de pies a cabeza con unas ansias y una generosidad de viejo que nunca más volví a encontrar en tantos hombres apresurados y mezquinos que trataron de amarme sin conseguirlo en el resto de mi vida sin él, me hablaba de él mismo en las digestiones lentas del amor mientras nos quitábamos de encima los hocicos de las vacas que trataban de lamernos, me decía que ni él mismo sabía quién era él, que estaba de mi general hasta los cojones, decía sin amargura, sin ningún motivo, como hablando solo, flotando en el zumbido continuo de un silencio interior que sólo era posible romper a gritos, nadie era más servicial ni más sabio que él, nadie era más hombre, se había convertido en la única razón de mi vida a los catorce años cuando dos militares del más alto rango aparecieron en casa de mis padres con una maleta atiborrada de doblones de oro puro y me metieron a medianoche en un buque extranjero con toda la familia y con la orden de no regresar al territorio nacional durante años y años hasta que estalló en el mundo la

noticia de que él había muerto sin haber sabido que yo me pasé el resto de la vida muriéndome por él.

Fragmento 4. P 109

(...) sabía de sobra que lo que entonces le faltaba y le había faltado siempre en la cama no era honor sino amor, le faltaban mujeres menos áridas que las que me servía mi compadre el ministro canciller para que no perdiera la buena costumbre desde que clausuraron la escuela vecina, hembras de carne sin hueso para usted solo mi general, mandadas por avión con franquicia oficial de las vitrinas de Amsterdam, de los concursos del cine de Budapest, del mar de Italia mi general, mire qué maravilla, las más bellas del mundo entero que él encontraba sentadas con una decencia de maestras de canto en la penumbra de la oficina, se desnudaban como artistas, se acostaban en el diván de peluche con las tiras del traje de baño impresas en negativo de fotografía sobre el pellejo tibio de melaza de oro, olían a dentífricos de mentol, a flores de frasco, acostadas junto al enorme buey de cemento que no quiso quitarse la ropa militar mientras yo trataba de alentarle con mis recursos más caros hasta que él se cansó de padecer los apremios de aquella belleza alucinante de pescado muerto y le dije que ya estaba bien, hija, métete a monja, tan deprimido por su propia desidia que aquella noche al golpe de las ocho sorprendió a una de las mujeres encargadas de la ropa de los soldados **y la derribó de un zarpazo sobre las bateas del lavadero** a pesar de que ella trató de escapar con el recurso de susto de que hoy no puedo general, créamelo, estoy con el vampiro, pero él la volteó bocabajo en las tablas de lavar y la sembró al revés con un ímpetu bíblico que la pobre mujer sintió en el alma con el crujido de la muerte y resolló qué bárbaro general, usted ha debido estudiar para burro, y él se sintió más halagado con aquel gemido de dolor que con los ditirambos más frenéticos de sus aduladores de oficio y le asignó a la lavandera una pensión vitalicia para la educación de sus hijos.

Actantes:

Los actantes de *El otoño del Patriarca* generan interacciones capaces de introducir al lector objeto en el onírico país latino y en el momento del decrepito tirano, conducido por uno y más narradores sujeto. Son el escritor/autor/creador sujeto de hacer, actantes en sus roles por obra y gracia de la diégesis.

El actante principal, sujeto destinador y la mujer violada sujeto destinatario

El Tirano violador es el sujeto destinador, sufre de la soledad del poder y del poder de sus excesos, pero el poder le sirve para seguir saciando sus apetitos siendo evidente el del sexo, que a causa de una posible saturación ya no le satisface de la manera natural, sino que tiene que rapar, abusar, violar. Debe hacerlo con violencia o con la práctica de la pedofilia, recurrente en ancianos de las novelas del nobel. Para el general es más apetecible violentar mediante un zarpazo a una humilde lavandera así esté con el vampiro, que el sexo refinado ofrecido por las prostitutas expertas y perfumadas que le traen de Europa.

La mujer violada es el sujeto destinatario, es/ existe/está viva por el efecto del sujeto manipulador.

La mujer no protesta por la violación, se deja hacer y hasta ayuda a ser violada por el violador; solo objeta con una objeción tímida y por razones distintas a oponerse al acto de ser violada.

“Mi único recurso de salvación era dejar que él hiciera conmigo todo lo que quiso sobre el mesón de comer, más aún, lo ayudé a encontrarme entre los encajes de los pollerines después de que me dejó sin resuello con su olor de amoníaco” (Párrafo 1)

“Tenga cuidado general, murmuró ella, temblando, se van a romper los huevos, que se rompan, qué carajo, dijo él y la tumbó de un zarpazo sin desvestirla ni desvestirse” (Párrafo 2)

“Entonces él me agarró por las muñecas con un tierno zarpazo de tigre y me levantó sin dolor en el aire y me pasó por la claraboya con tanto cuidado que no me descompuso ni un pliegue del vestido y me acostó en el heno perfumado de orines rancios tratando de decirme algo que no le salía de la boca árida porque estaba más asustado que yo”. (Párrafo 3)

“Y la derribó de un zarpazo sobre las bateas del lavadero a pesar de que ella trató de escapar con el recurso de susto de que hoy no puedo general, créamelo, estoy con el vampiro, pero él la volteó bocabajo en las tablas de lavar y la sembró al revés con un ímpetu bíblico que la pobre mujer sintió en el alma con el crujido de la muerte. (Párrafo 4)

El poder del tirano se da por descontado, se reconoce y acata. Lo que planea, hecho está. No hay nada superior a su voluntad, así sea un viejo decrepito sudoroso y oliendo a orines, pero es mi general, el que manda y mata a quien se le dé la gana. Francisca Linero le ayuda a que la viole mientras piensa en la mala suerte de no haberse lavado esa mañana, a pesar de que su recién desposado Poncio Daza está siendo asesinado en ese momento para poder ser poseída por el general. Hasta esos extremos llega la intimidación y la manipulación usada por el escritor.

Otros actantes principales

Narrador. A veces en primera y otras en segunda persona. Relatos como si fueran realizados en una entrevista o en un despacho judicial

Rodrigo de Aguilar su mejor amigo y su peor rival, fue su ministro de defensa y lo traicionó

Bendición Alvarado: Madre del Tirano a quien hicieron santa y patrona de la Nación

Actantes secundarios:

Patricio Aragonés. Traicionó al patriarca, pero por su parecido físico lo perdonó, lo hizo su amigo y lo contrató

Leticia Nazareno, Novicia a la que hizo su mujer cuando rompió relaciones con el Vaticano. Fue devorada por perros entrenados junto a su pequeño hijo, le enseñó a leer y a escribir al tirano.

Emmanuel, el único de sus muchos hijos a quien aceptó.

Vieja decrepita, que leía el futuro. La mató para que nadie se enterara cuál sería su destino.

Monseñor Demetrio Aldous. Vino desde el Vaticano a investigar los milagros y la santidad de Bendición Alvarado.

Manuela Sánchez, un amor que no logró conseguir.

Embajador Mac Queen. Lo convenció a que le vendiera el mar, este fue el fin del patriarca.

Saturno Santos, indígena que protege al general con su machete

Otros actantes

En los fragmentos encontramos las mujeres que viola luego de su zarpazo:

Francisca Linero, la abusa y le mata su marido recién casado para no dejar un enemigo mortal.

La mulata del servicio, que rompió unos huevos en el momento de poseerla y se los descontó del sueldo

La estudiante que luego exilaron al exterior

La mujer que lavaba la ropa de sus soldados, que lo hizo sentir tan bien, adulándolo al decirle que debía estudiar para burro, que le asignó una pensión vitalicia

Descripción de los actantes

El nobel describe física y moralmente a su protagonista y sus inter actantes, en el sudor, en el miedo, en el olor.

El verbo irregular para la aspectualidad

Los cuatro fragmentos inician con un verbo irregular pretérito imperfecto: había, sabía, podía.

- 1) había entrado sin siquiera tocar las aldabas;
- 2) no había acabado de contar los animales dormidos en los andamios cuando entró una mulata;
- 3) no podía concebir el mundo sin el hombre que me había hecho feliz,
- 4) sabía de sobra que lo que entonces le faltaba.

Los adjetivos y el punto y aparte

El autor utiliza profusión de adjetivos para colocar al lector lo más cercano posible a las escenas: geranios de oro, acetona fragante, turpial aturdido, venado joven,

botas sucias, etc., las comas y los puntos seguidos son escasos, los punto y aparte son solo cinco y dividen la obra en los únicos seis capítulos que tiene.

La temporalidad

Temporaliza los hechos para este fin de semana, no los distancia con un artículo indeterminado, sino que los acerca y los define. No utiliza *aquel fin de semana*, ni *en un fin de semana*, sino *durante el fin de semana*. Así determina el tiempo de la novela

Los signos y su connotación

En los cuatro fragmentos escogidos observamos entre otros los siguientes signos

Entró sin tocar las aldabas. Connotación de autoridad

La mirada tenaz del anciano insondable que seguía a dos pasos de la puerta comiéndose un guineo después del otro y tirando las cascarras en el patio por encima del hombro sin haber pestañeado ni una vez desde que empezó a mirarme. Connotación de autoridad

Pero lo hizo de prisa y mal, como si hubiera sido más viejo de lo que era, o mucho más joven, estaba tan aturdido que apenas si me enteré de cuándo cumplió con su deber como mejor pudo y se soltó a llorar con unas lágrimas de orín caliente de huérfano grande y solo, llorando con una aflicción tan honda que no sólo sentí lástima por él sino por todos los hombres del mundo. Connotación de inseguridad y sufrimiento del tirano. (Frag 1)

Tenga cuidado general, murmuró ella, temblando, se van a romper los huevos, que se rompan, qué carajo, (...) que ya ve lo que le dije general, se rompieron los huevos, y él rezongó tratando de domar la rabia de otro amor sin amor, apunta cuántos eran, le dijo, te los descuento de tu sueldo. Connotación de poder.

Qué nombre le ponemos mi general, el que les dé la gana, contestó. Connotación de poder y desprecio (Fraf. 2)

El hombre que me había hecho feliz a los doce años como ningún otro lo volvió a conseguir desde las tardes de hacía tanto tiempo en que salíamos de la escuela a las cinco y él acechaba por las claraboyas del establo a las niñas de uniforme azul de cuello marinero y una sola trenza en la espalda. Connotación de poder. (Fraf. 3)

No me descompuso ni un pliegue del vestido y me acostó en el heno perfumado de orines rancios tratando de decirme algo que no le salía de la boca árida porque estaba más asustado que yo, temblaba, se le veían en la casaca los golpes del corazón, estaba pálido, tenía los ojos llenos de lágrimas como no los tuvo por mí ningún otro hombre en toda mi vida de exilio. Connotación de poder. (Frag. 3)

Sabía de sobra que lo que entonces le faltaba y le había faltado siempre en la cama no era honor sino amor, le faltaban mujeres menos áridas que las que me servía mi compadre el ministro canciller. Connotación de poder. Frag. 4

Qué bárbaro general, usted ha debido estudiar para burro, y él se sintió más halagado con aquel gemido de dolor que con los ditirambos más frenéticos de sus aduladores de oficio y le asignó a la lavandera una pensión vitalicia para la educación de sus hijos. Connotación de poder. (Frag. 4)

Conclusiones

El general, dueño del poder no pide permiso, da zarpazos para tomar lo que se le antoje y lo que más se le antojan son mujeres, a veces fortuitas, a veces asediadas por meses, como el caso de Francisca Linero. La manipulación discursiva se encuentra en el juego lingüístico que convence al lector del terrible poder de dictador. “Él había venido para darle gusto a su voluntad y no había otro poder mayor que el suyo para impedirlo”

¿Qué significa esta obra en la historia de la literatura?

El Otoño del Patriarca es obra de un nobel, por lo tanto su significación en la historia del signo literario es significativa, se le considera una de las novelas más meditadas de García Márquez en una prosa que es auténtico poema del realismo mágico realizado por varios narradores de los cuales solo se conoce su voz.